

Evidentemente Séptimo Severo había constituido una fuerza militar sobre la cual podía contar personalmente, sea en las guerras civiles, sea en las extranjeras; pero esos pretorianos que le eran adictos y que le hubieran servido de buen grado contra la misma Roma, puesto que sólo eran romanos de nombre, eran tanto más peligrosos para los ciudadanos y para el conjunto de la nación; cuando no tuvieron ya que emplear su fuerza en las guerras exteriores sobre las fronteras del Rhin, del Danubio y del Eufrates, se ocuparon en saltar y robar á través de las provincias y en disputarse Roma como una presa; vióse entonces, á la mitad del siglo III, hasta treinta candidatos, — los treinta tiranos, — sostenidos por otros tantos grupos militares distintos, disputarse el Imperio.

Esta división profunda, esencial, entre Roma y su ejército había comenzado ya bajo la República. Muchos bárbaros, alistados como soldados por los triunviros, habían recibido el título de ciudadanos y participado en las grandes distribuciones de tierras en los campos de la Italia septentrional. Mientras los extranjeros entraban en el ejército, los Romanos salían de él. Los jóvenes de Roma, después los de las ciudades italianas, se habían aprovechado de sus privilegios para eximirse del servicio militar: se contentaban con la gloria de sus abuelos y se abstendían de conquistarla por sí mismos¹. Las gentes del campo tomaban el cuchillo en mano y acababan por convertirse en amos. Ya no había Romanos propiamente dichos entre los pretorianos que nombraban y derribaban los emperadores y trataban la «ciudad eterna» como ciudad conquistada².

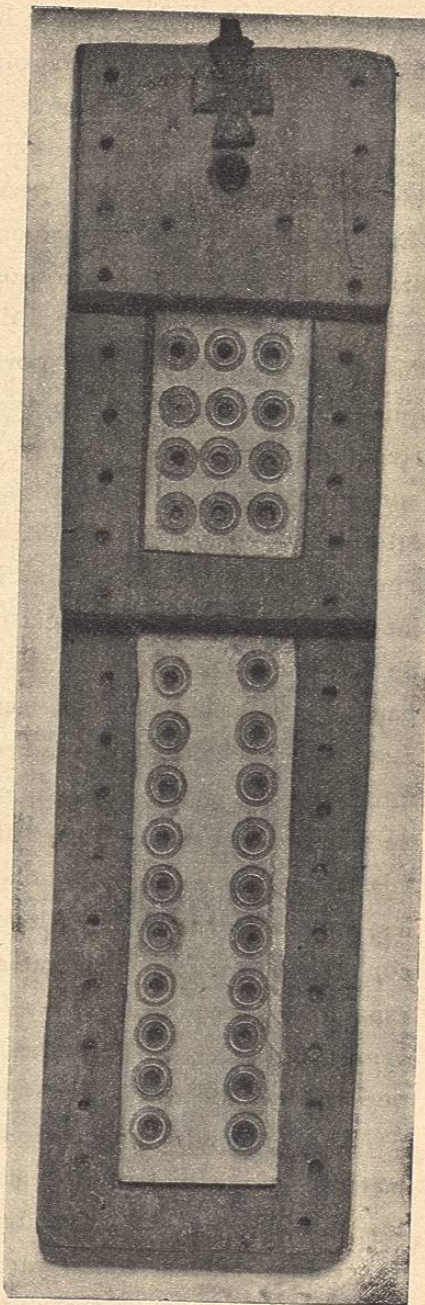
Bajo Diocleciano, los soldados ni siquiera son ya súbditos de Roma, son mercenarios reclutados fuera de los límites del Imperio: los bárbaros, futuros conquistadores, son de ese modo introducidos por el mismo soberano, y causa admiración que hayan permanecido tanto tiempo sin emplear por cuenta propia la fuerza que poseían. La veneración de la santa Roma les contenía en el ejercicio de su poder.

La nación cuya misma impotencia había acabado por desinteresarse completamente de sus propios destinos políticos, no tenía ya

¹ Virgilio, *Eglogas*, II, 72.

² Eduard Meyer, *Die wirtschaftliche Entwicklung des Alterthums*, ps. 54 y 55.

pasión más que para los juegos sangrientos del circo. El arte en el asesinato, tal había llegado á ser el refinamiento por excelencia, y la turba romana, ávida de espectáculos, discurría con inteligencia sobre el asunto: matar un hombre con elegancia conducía á la riqueza y á la gloria, como lo hace hoy una estocada plantada con aire distraído en el cuello de un animal por la infalible mano del torero. Los príncipes que asistían sin interés á los juegos del circo se hacían rápidamente impopulares, y si los cristianos permanecieron durante tanto tiempo aborrecidos por la multitud romana, se debió á que se les atribuyó la idea de abolir los espectáculos sangrientos; se pensaba que si llegaban al poder seguirían fieles á sus principios, como si la conquista del trono no tuviera siempre por efecto consolidar los abusos. El hecho es que después del triunfo de la «cruz», los emperadores cristianos se guardaron bien de tocar á las horribles fiestas; éstas se conservaron hasta la destrucción del Imperio, y aun mucho tiempo después hasta el reinado de Teodórico¹. Dícese que entonces fué precisa la iniciativa de un fraile revolucionario para poner término á los combates de gladiadores: un tal Telémaco, africano de origen, se



Museo Guimet. Cl. Giraudon.
EXCAVACIONES DE ANTINOE
CUENTA ORACIONES

¹ Gaston Boissier, *La Fin du Paganisme*, ps. 94 y sig.

precipitó al circo para separar los combatientes; murió allí, pero la institución había recibido el golpe de gracia¹.

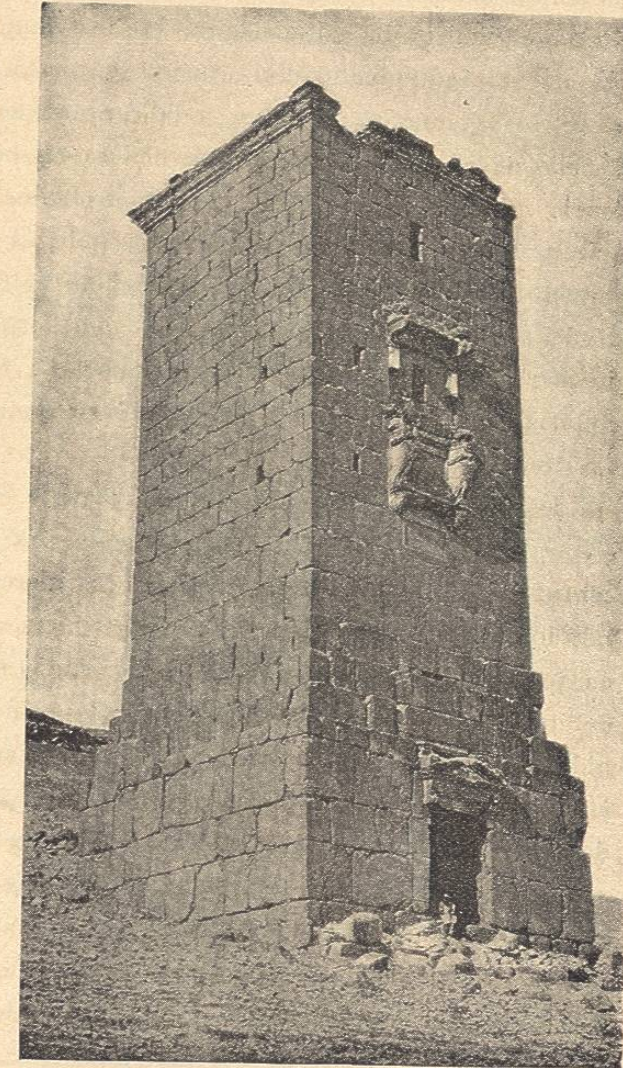
La necesidad de ver sufrir había llegado á tal punto, que todo drama debía ser, no figurado, sino realizado materialmente. Para dar algún interés al viejo personaje de Hércules sobre el monte Ceta, necesitaban los estragados Romanos que se quemase un condenado á muerte sobre una hoguera verdadera. Cuando se representaba un proceso seguido de un suplicio, el principal personaje del drama era reemplazado por otro hombre que se le parecía y á quien se crucificaba realmente, regocijándose el pueblo con el espectáculo de su agonía. El puro capricho bastaba á veces para determinar matanzas sin otra excusa que el diletantismo del arte por el arte. Así, cuando Caracalla, el *κοσμοκράτωρ* ó « amo del mundo » que celebraban bajamente las inscripciones de los templos de Alejandría, tuvo la complacencia durante varios días y varias noches de ordenar la matanza de la población que le adulaba, no tenía para ello más motivo que el gusto del asesinato, quizá también el resentimiento causado por algún rasgo de ingenio, ó la conciencia íntima de su fealdad ó de su cobardía; en el fondo era la necesidad de rechazar por una infamia sin nombre la comparación que él mismo había establecido públicamente entre su baja persona, Aquiles, el más bello de los Griegos, y Alejandro, el más ilustre de los conquistadores. La vida humana era tan poca cosa, que la peste espantosa acaecida hacia la mitad del siglo III, pareció un fenómeno normal: con las guerras, las invasiones, las matanzas, dícese que se llevó la mitad de los habitantes del mundo romano.

Por lo demás, puede decirse que, aun desde el punto de vista material, no había muchos más Romanos en Roma cuando vinieron los bárbaros á poner fin al Imperio. En primer lugar los generales vencedores habían traído turbas de esclavos que, emancipados después y luego convertidos en ciudadanos libres, cambiaron la sangre de la raza; vinieron en seguida los especuladores, los aventureros, los letrados, los sabios y todos los que buscaban fortuna, contribuyendo también á modificar gradualmente los elementos étnicos de la

¹ Hartpole Lecky, *Rationalism in Europe*, p. 37.

población. Por otra parte, se había producido un movimiento en sentido inverso: soldados romanos á los que se habían concedido tierras en sus propias conquistas, se habían establecido lejos de Italia sin ninguna esperanza de regreso; un círculo inmenso de colonias se había formado á expensas del foco central; lo mismo que los soldados veteranos, los generales y otros personajes de la clase patricia habían abandonado Roma para establecerse en las provincias como procónsules, llevando consigo todo un pueblo de legistas, de escribas y de bajos oficiales¹.

Durante ese período crítico de la historia romana, la tendencia del gran cuerpo ecuménico del Imperio á dividirse tanto administrativa como políticamente en sus dos mitades naturales, el Oriente y Occidente, se hacía cada vez más imperiosa; el cisma se había ya preparado antes del fin de la República, pero en aquella época, la creencia



PALMIRA
MAUSOLEO ENTERAMENTE LLENO DE SARCÓFAGOS

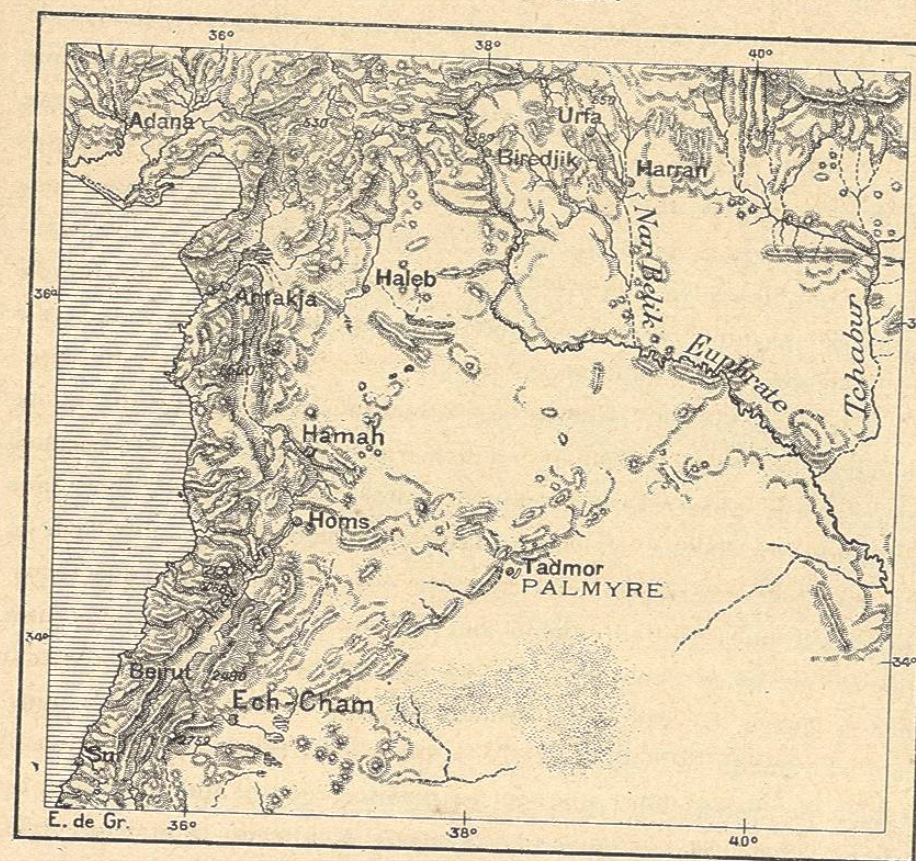
¹ Théodore Duret, « *Études critiques d'Histoire* », *Revue Blanche*, VIII, 1899.

casi religiosa en la gloria siempre creciente de Roma y el fervor de un imperialismo naciente habían disimulado el contraste; cada territorio geográfico iba adquiriendo, no obstante, poco á poco conciencia de su individualidad, la fusión se hacía cada vez más difícil entre los elementos diversos y la ruptura era inevitable. Era de temer que el desprendimiento se hiciera en beneficio de alguna potencia no romana, como la de los Armenios ó de los Persas, que amenazaban las fronteras orientales; pero el peligro se produjo de repente más acá de los límites, á la mitad del camino del Eufrates, y desde allí al Mediterráneo; se vió con sorpresa un simple lugar de mercado, Tadmor, ó la «Palmeraia», la Palmira de la Historia, convertirse en una capital de imperio y contrabalancear la fortuna de Roma.

Desde un tiempo inmemorial, Tadmor había sido lo que la Naturaleza le había hecho, un punto de cita para las caravanas, un centro de cambios donde se reunían los mercaderes fenicios del litoral, los negociantes de Damasco, portadores de productos recogidos en todos los valles del Líbano y del Anti-Líbano, los comisionados del tráfico del Eufrates y los compradores del Taurus armenio, venidos por el valle de Chapur. Gracias á su situación entre río y mar, en la proximidad de un gran desierto, difícil y hasta peligroso de atravesar, Tadmor era la etapa obligada sobre el camino más avanzado hacia el Sud, entre todas las vías de comunicación naturales abiertas de oasis en oasis. Util á todos sus vecinos, y aun, por la irradiación de su comercio, á todos los habitantes del inmenso hemisferio de montañas que forma curva desde el golfo de Arabia al golfo de Persia, Tadmor tenía, pues, un interés capital en vivir en paz con todos, á fin de no inquietar á los traficantes y desviarlos hacia los caminos del Norte por Halepo y el gran codo del Eufrates. De ese modo fué durante muchos siglos la ciudad hospitalaria por excelencia. Allí se acogía cordialmente á las gentes de toda raza, y su mercado presentaba la más curiosa reunión de tipos y de costumbres. Ninguna religión era allí desechada: todos los dioses se adoraban en Tadmor, y cuando el culto del Cristo comenzó á extenderse, los nuevos religionarios se colocaron en el oasis al lado de los Judíos, de los adoradores de Júpiter y de Mi-

thra y de los filósofos helenos sin ninguna filiación religiosa. La «ciudad de las Palmas» constituía una república, una ciudad libre, sin aliados, que no atacaba á nadie y por consiguiente no necesitaba defenderse: permaneció mucho tiempo sin historia, á pesar de las importantes transacciones pacíficas que se realizaban en su recinto.

N.º 258. Oasis de Palmira.



Desgraciadamente Tadmor se había llenado de tesoros por efecto de los beneficios seculares realizados sobre todo el mundo del Asia anterior, incluso Chipre y Egipto. Además la república comercial cayó bajo el dominio de un hombre de guerra, Odenath, cuyos intereses políticos se extendían mucho más allá de la región del Eufrates y del Orontes: ese personaje ambicioso se aprovechó de sus enormes

rentas para reclutar numerosos ejércitos y guerrear, primeramente para la mayor gloria de Roma, su señora feudal, después por su propia cuenta, como «emperador», aliado, pero rival. Su mujer, conocida en la historia bajo el nombre de Zenobia (Batzebinah), continuó las guerras de su marido y no temió hacer frente al Imperio. Reina de una ciudad judeo-griega, se cree que tuvo la ambición prematura de equilibrar el mundo occidental, y de crear, dos generaciones antes que Constantino, una agrupación oriental de provincias «de civilización y de religión griegas, anticipándose, por su sencillo monoteísmo, al arianismo y al islamismo»¹. Mas Palmira, aunque muy central relativamente al mar y á las cuencas de los dos ríos Eufrates y Tigris, no tenía una situación geográfica comparable á la de Babilonia ó de Bizancio, le faltaba un conjunto de tierras fértiles y populosas que sirvieran de punto de apoyo á sus fuerzas militares; bastaba cortar los caminos á su rededor para reducirla á la inanición y á la impotencia².

Ese desdoble del Imperio, cuya realización no fué posible á sus enemigos, se había hecho de tal manera necesario, que los mismos emperadores hubieron de realizarle. Por lo demás, ciertos signos premonitorios habían, ya hacía siglos, indicado la división futura de las posesiones de Roma. La inmensa elipse debía tener dos focos. ¿No había sido Antonio dueño del Oriente en Alejandría, y, antes que él, no había pensado César en transportar á aquella ciudad, ó bien á Troya, la capital del mundo romano?³. Tres siglos después, bajo el reinado de Diocleciano, estaba de tal manera adelantado el trabajo de disociación, que este emperador, genio administrativo de primer orden, tomó él mismo la delantera dividiendo la inmensa aglomeración de sus territorios en cuatro segmentos, enormes todavía, dos gobernados por Augustos y dos sometidos á Césares, con rango de emperadores pero de dignidad secundaria. Al mismo tiempo quiso sustraer el poder absoluto al resto de potencia que aun podía ejercer la tradición romana, puesto que, para reformar el Imperio, escogió dos capitales aparte de Roma descoronada, Milán, en la mitad

¹ E. Renan, *Histoire des Origines du Cristianisme, Les Evangiles*, p. 3.

² Eugène Guillaume, «*Les Ruines de Palmyre*», *Revue des Deux Mondes*, 15 Julio 1897

³ Suetonio, *César*, 79; Horacio, *Odas*, III, 3, *Iustum ac tenacem*.

occidental del imperio, y Nicomedia, en la mitad oriental. Su obra, sin embargo, sólo fué provisional; cada emperador no podía tender más que al dominio sin división, y la unidad nominal fué restablecida,

N.º 259. División del Imperio bajo Diocleciano.



Bajo Diocleciano, el Imperio estaba dividido en doce diócesis, administrada cada una por un *vicarius*; esta división apenas fué modificada después.

En cuanto á las provincias, su número no cesó de aumentarse durante todo el curso del Imperio Romano. A la muerte de Augusto había 29, á la de Marco-Aurelio 42, en tiempo de Diocleciano 96 y 120 en el de Honorio. (Paul Guiraud).

por cierto tiempo, después de la victoria de uno de los sucesores de Diocleciano sobre los otros coparticipantes de la dignidad imperial.

Constantino fué el más fuerte: se halló sostenido por una potencia que dió de repente al Imperio una renovación de cohesión y de unidad. Esta potencia fué la religión cristiana, más unida y más